



**biblioteca abierta**

colección general **filosofía**



**Experiencia, lenguaje y sociedad**  
**20 años de *Saga***



**Experiencia, lenguaje y sociedad**  
**20 años de *Saga***

**David Carbonell**

**Ana María Granados**

**Editores**



UNIVERSIDAD  
**NACIONAL**  
DE COLOMBIA

Bogotá D.C., 2022

Experiencia, lenguaje y sociedad 20 años de Saga / David Carbonell, Ana María Granados, editores. --  
Primera edición. -- Bogotá: Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Humanas.  
Departamento de Filosofía. Centro Editorial, Facultad de Ciencias Humanas, 2022.  
278 páginas: ilustraciones (principalmente a color), diagramas. -- (Colección  
General Biblioteca Abierta. Filosofía; 512)

Incluye referencias bibliográficas al final de cada capítulo e índice de materias

ISBN 978-958-505-016-7 (impreso). -- ISBN 978-958-505-018-1 (e-book). --  
ISBN 978-958-505-017-4 (impresión bajo demanda)

1. Saga. Revista de estudiantes de filosofía -- Aniversarios -- Bogotá -- Colombia -- Publicaciones seriadas  
2. Percepción 3. Lógica 4. Lenguaje y lógica 5. Conciencia 6. Intersubjetividad 7. Experiencia 8. Sociolingüística  
I. Carbonell Huérfano, David, 1998-, editor, traductor II. Granados Romero, Ana María, 1999-, editor III. Serie

CDD-23 100 / 2022

**Experiencia, lenguaje y sociedad**

**20 años de Saga**

© **Biblioteca Abierta**

**Colección General, serie filosofía**

© **2022, Universidad Nacional de Colombia,**  
**Sede Bogotá, Facultad de Ciencias Humanas,**  
**Departamento de Filosofía**  
**Primera edición, 2022**

ISBN impreso: 978-958-505-016-7

ISBN digital: 978-958-505-018-1

IBD: 978-958-505-017-4

© **David Carbonell, Ana María Granados (editores).**

© **Varios autores, 2022.**

**Facultad de Ciencias Humanas**

**Comité editorial**

Carlos Guillermo Páramo Bonilla, Decano

Victor Raúl Viviescas Monsalve, Vicedecano Académico

Nubia Yaneth Ruiz Ruiz, Vicedecana Investigación y Extensión

Javier Sáenz Obregón, Director del Centro de Estudios Sociales –CES–

Jorge Aurelio Díaz, Director de las Revistas *Ideas* y *Valores*, representante de las revistas académicas

Jorge Enrique Rojas, Representante de las Unidades Académicas Básicas

**Diseño original de la colección**

Camilo Umaña

**Preparación editorial**

Centro Editorial, Facultad de Ciencias Humanas

Rubén Darío Flórez, director editor del Centro Editorial

Catalina Arias, coordinación editorial

Carlos Contreras, coordinación gráfica

María Camila Torrado S., maquetación

Íkaro Valderrama, corrección de estilo

Catalina Arias, corrección de estilo en inglés

editorial\_fch@unal.edu.co

www.humanas.unal.edu.co

Bogotá, 2022

Impreso en Colombia

Prohibida la reproducción total o parcial por cualquier medio, sin la autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales.

## Contenido

Agradecimientos	9
DAVID CARBONELL Y ANA MARÍA GRANADOS	
<b>Presentación</b>	<b>11</b>
MARÍA VILLA	
<b>Editorial. (No tengo palabras)</b>	<b>15</b>
MAXINE SHEETS-JOHNSTONE	
<b>Movimiento: lo que la evolución y el gesto pueden enseñarnos sobre su centralidad en la historia natural y su significatividad vitalicia</b>	<b>23</b>
DAN ZAHAVI	
<b>Tú, yo y nosotros. El compartir de experiencias emocionales</b>	<b>57</b>
SØREN OVERGAARD	
<b>Illuminating the Dark Corner: Husserl and the Problem of Solipsism</b>	<b>83</b>
DAVID CHALMERS	
<b>¿Cómo podemos construir una ciencia de la conciencia?</b>	<b>97</b>
GRAHAM PRIEST	
<b>Logical Abductivism and Logical Pluralism</b>	<b>123</b>
HUBERT MARRAUD	
<b>Una visión dialéctica de los contraargumentos</b>	<b>139</b>

RAÚL MELÉNDEZ	
<b>Leyendo el comienzo de las <i>Investigaciones</i></b>	
<b><i>filosóficas</i> de Wittgenstein</b>	<b>157</b>
LUCIANO FLORIDI	
<b>Semantic Capital: Its Nature, Value, and Curation</b>	<b>183</b>
SALLY HASLANGER	
<b>Cuerpos disciplinados y crítica de la ideología</b>	<b>209</b>
JON ELSTER	
<b>Kidnappings in Civil Wars</b>	<b>227</b>
Acerca de los autores	271
Índice de materias	275

## Agradecimientos

**LE AGRADECEMOS A TODAS** las personas que han participado en la construcción de *Saga* y han ayudado a que llegue a los veinte años. Este libro es la herencia de todo el trabajo que se realizó en la revista a lo largo de este tiempo.

Le agradecemos a todos los autores y traductores que aceptaron participar en este número.



## Presentación

*EXPERIENCIA, LENGUAJE Y SOCIEDAD. 20 años de Saga* recoge un grupo de artículos y traducciones con el fin de conmemorar y celebrar el aniversario número veinte de *Saga – Revista de Estudiantes de Filosofía*. Tras dos décadas de trabajo editorial, *Saga* se ha consolidado como una de las revistas estudiantiles más importantes de Colombia y Latinoamérica. Creemos, por eso, que no hay mejor forma de homenajearla que a través de un libro en el que se evidencian los alcances de este proyecto estudiantil y los frutos del trabajo de varias generaciones de estudiantes de filosofía. Así mismo, con este libro se cumple, una vez más, el objetivo con el cual la revista fue creada: abrir un espacio en el mundo editorial y en la academia a los estudiantes de filosofía, a sus trabajos y a sus proyectos.

En esta medida, en esta recopilación encontrarán a algunas de las voces más importantes de la filosofía contemporánea traducidas por estudiantes y egresados del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia. Y, además de las traducciones, el libro contiene artículos inéditos de autores que, generosamente, decidieron contribuir a este homenaje. Queremos resaltar que estamos agradecidos y conmovidos por haber contado con la participación de cada uno de los autores y autoras que aparecen en este compilado. No queremos

tampoco pasar por alto la labor de los traductores y traductoras que, con su compromiso y dedicación, hicieron que este libro fuera posible. Es un honor para nosotros, como exdirectores de la revista, poder presentarle a la comunidad académica el producto de años de esfuerzos conjuntos en este gran proyecto estudiantil que es *Saga*.

Las tres grandes secciones de este libro, *experiencia, lenguaje y sociedad*, recogen tres temáticas que han sido ejes en los ya 38 números de la revista. La primera sección, sobre *experiencia*, está conformada, en primer lugar, por una traducción al español del artículo de la filósofa estadounidense Maxine Sheets-Johnstone, profesora de la Universidad de Oregón, «Movimiento: lo que la evolución y el gesto pueden enseñarnos sobre su centralidad en la historia natural y su significatividad vitalicia». En este texto, la autora argumenta que el movimiento determina nuestra cognición, nuestra relación con los demás y, en general, nuestra experiencia. Así, el movimiento no es entendido de forma meramente biológica, sino que es una parte fundamental de la experiencia fenomenológica de los individuos. El lector encontrará, en segundo lugar, la traducción del texto «Tú, yo y nosotros. El compartir de experiencias emocionales», de la autoría de Dan Zahavi, profesor de la Universidad de Copenhague. Aquí, el autor utiliza conceptos propios de la tradición fenomenológica para responder algunas cuestiones relativas a la experiencia de ser parte de un conjunto de personas. En particular, trata de examinar cuáles son las implicaciones que tiene hacer parte de un «nosotros» a la hora de distinguir entre la experiencia propia y la experiencia del otro. En tercer lugar, se encuentra la contribución inédita de Søren Overgaard, profesor de la misma universidad, titulada «Illuminating the Dark Corner: Husserl and the Problem of Solipsism». En su texto, el autor revisa algunas de las críticas que se le han planteado a Husserl en su intento por salvaguardar la fenomenología trascendental del solipsismo; así, la formulación de Overgaard apunta a que la propuesta husserliana del *Ur-Ich* es indispensable para dar cuenta de la intersubjetividad. La última que conforma esta sección es la traducción del artículo «¿Cómo podemos construir una ciencia de la conciencia?» de David Chalmers, profesor en la Universidad de Nueva York. El texto muestra un panorama de algunos desarrollos científicos relevantes para el

estudio de la conciencia y examina las características que debería cumplir una ciencia de la conciencia.

La segunda sección, sobre *lenguaje*, contiene cuatro artículos inéditos. El primero de ellos es «Logical Abductivism and Logical Pluralism» de Graham Priest, profesor de la Universidad de la Ciudad de Nueva York. En el ensayo, Priest trata de mostrar las razones por las que considera que el pluralismo lógico y el abductivismo lógico no son excluyentes sino, más bien, que el abductivismo lógico presupone el pluralismo lógico. A continuación, Hubert Marraud, profesor de la Universidad Autónoma de Madrid, participó en el presente homenaje con el artículo «Una visión dialéctica de los contraargumentos». Este texto procura hacer una clasificación de los contraargumentos a partir del efecto que busca producir el argumentador (quien contraargumenta) cuando los enuncia. Así, esta clasificación no sería lógica sino, más bien, dialéctica. Raúl Meléndez, profesor del Departamento de Filosofía de la Universidad Nacional de Colombia, es el autor de «Leyendo el comienzo de las *Investigaciones filosóficas* de Wittgenstein», el tercer texto de esta sección. En él, se le otorga una particular importancia a la forma en la que están escritas las *Investigaciones filosóficas* y, con un estilo tan particular como interesante, Meléndez busca mostrar la función terapéutica que tiene este texto. Por último, Luciano Floridi, profesor de la Universidad de Oxford, contribuyó a esta edición con su artículo «Semantic Capital: Its Nature, Value, and Curation». Aquí, Floridi explora la relación que hay entre el capital semántico y la tecnología, sobre todo, con los avances tecnológicos más recientes.

Para terminar, en la sección temática *sociedad*, el lector hallará dos textos. El primero es una traducción del artículo de Sally Haslanger, profesora del Instituto de Tecnología de Massachusetts (MIT), «Cuerpos disciplinados y crítica de la ideología». En el texto, la autora revisa la crítica a la ideología que pone como base al cuerpo y, al mismo tiempo, propone un cambio en el enfoque hacia una crítica que emerja histórica y holísticamente. El segundo, es un artículo inédito de Jon Elster, profesor de la Universidad de Columbia, titulado «Kidnappings in Civil Wars». Elster expone algunas consideraciones acerca del secuestro como forma de violencia y sobre el contexto en el que este tipo de prácticas ha tenido lugar.

No queremos cerrar esta presentación sin mencionar nuestro deseo de que estas lecturas no solo resulten interesantes para la investigación filosófica actual en tres de sus temas centrales, sino que muestren los esfuerzos conjuntos de estudiantes, egresados, profesores, investigadores y otras tantas personas que han colaborado de diversas maneras en la construcción de un proyecto permanente de divulgación de la filosofía en Colombia.

DAVID CARBONELL

*Universidad Nacional de Colombia / Universidad de los Andes*

ANA MARÍA GRANADOS

*Universidad de los Andes*

## Editorial. (No tengo palabras)

CON EL GRUPO ORIGINAL que ideó la utopía de una revista de estudiantes que tuviera existencia transgeneracional sabíamos bien que no tenía caso tratar de controlar un proyecto con ideales personales más allá de decisiones puntuales al hacer número a número. El compromiso fue hacer un proyecto verdaderamente público, de *praxis* a lo Arendt, pero esa idea pasaba por soltar los apegos y entender que, más allá de buenas intenciones, el tipo de dispositivo cultural que es una publicación nos da apenas un limitado poder de moldear el fruto del trabajo personal y colectivo: podemos controlarlo solo hasta cierto punto y únicamente durante el proceso material de construcción. Apenas sale de nuestras manos, al igual que cualquier objeto, o cualquier texto cuando conoce su primer lector, desata consecuencias y empieza a ser transformado en modos que jamás podemos anticipar del todo ni, en último término, comprender. Nuestro empeñamiento era diseñar no solo una revista en el año 2000, sino un marco de trabajo estudiantil a futuro, capaz de sostener discusiones transversales a varias generaciones de estudiantes; un proyecto que nos sobreviviera en el largo plazo —pinche cuadrilla de *nerds*—. Y eso significaba aceptar de buen grado que la revista iba a ir mostrando ya desde el impreso, en sus semestres de baja, en su gráfica ecléctica, en sus tópicos, en sus

invitados, qué aire se respira en un momento dado en el Departamento y qué aires le llegan de lejos a oxigenarlo, intoxicarlo, emborracharlo (hubo borrachera de Nietzsche por ese entonces, y también de misticismo, para mencionar apenas dos), y por supuesto iba a mostrar en qué estado están las finanzas y la política de educación pública que la sustentan (q. e. p. d. *Saga* n.º 30).

Tuvimos las ínfulas de invitar a los estudiantes de la maestría, que se veían adultísimos, y a los del doctorado, que parecían lumbreras brillando a la distancia, alejándose unos de otros más rápido que el universo en expansión, rara vez capaces de hacer constelación incluso entre sí. Pronto invitamos a los profesores a que debatieran y se dejaran editar por nosotros como cualquier primíparo<sup>1</sup>. Lentamente primero, con entusiasmo después, se fueron acercando al proyecto. En esos primeros comités editoriales de *Saga* teníamos todos en algún grado la idea de que en el Departamento lo que había era un diálogo muy precario, o fragmentario, inocuo; y sentíamos que lo que tendría que haber era un diálogo a plena luz, sostenido, sin mañas y sin envidias, un intercambio cruzado, de niveles, apuestas y perspectivas. Era este tipo de diálogo el único que podría enseñarnos el oficio de la filosofía, su utilidad y su relevancia, si es que ha de tener alguna más allá de permitirle vivir a los egresados de la beneficencia de la institución educativa una vez se convierten en astutos replicantes del canon del norte global.

Tiendo a ver románticamente los años que vinieron luego (ya no tenía la fortuna de estar por ahí, pero la Universidad seguiría siendo un mojón decisivo para mi trayectoria de búsqueda) con la explosión del interés por los problemas de género y el llamado a una filosofía aterrizada y corresponsable por el contexto. No estoy segura, pero en verdad espero que eso haya sido más que una expresión de deseos y ausencias para los estudiantes que han pasado desde entonces por esa cajita blanca, compacta y afinada como un violín, en el rincón de la veintiséis. En una mirada rápida a los últimos números de la revista,

---

1 Para ponerlos en contexto de lo que esto significaba: a fines de 1990, algunos profesores aún esperaban que se antepusiera «maestro» a sus nombres y tenían dificultades para entender que Matilde, la verdadera columna vertebral del Departamento en tantos aspectos y a quien le debemos fácilmente una década de gestión impecable, no era su secretaria personal.

lo que alcanzo a captar desde la red, en mi distancia de diáspora, es un movimiento constante y uno o varios hilos temáticos de indagación uniendo a grupos de estudiantes tan disímiles como ricos en perspectivas; hilos que continúan tejiendo, a medida que avanzan, una especie de leyenda para *Saga*. Ahí se han ido sumando progresivamente, como en un vórtice, los estudiantes de otras universidades de Bogotá, de las regiones y del extranjero. Así es que, en un país sin memoria, una revista de más de quince años puede ser declarada de existencia «antigua», como la denomina uno de sus exdirectores —qué barbaridad—. Y sí, para qué negarlo: *Saga* también es popular porque todos tenemos necesidad de un foro, profesional y vitalmente, para salir de las cuatro paredes de las enciclopedias filosóficas, o de la propia pantalla, y consolidar un perfil público. Pero, ¿es eso lo que moviliza fundamentalmente a la gente a publicar y a un grupo de estudiantes cada semestre a ponerse en la demandante labor de producir esta revista, de sacarla una y otra vez de las inercias burocráticas que amenazan con hacerla naufragar, de procurar que se venda, se lea y se discuta? No estoy tan segura.

Descubro con sorpresa que en las recientes editoriales algunos directores se quejan de no saber cómo empezar a escribir una editorial y cómo evitar simplemente repetir las palabras de sus antecesores. Y es que, en verdad, más allá de protocolos, ¿ese texto para qué sirve? Yo les preguntaría: ¿alguna vez han hablado del tema con un editor profesional? Si la función de la revista es la de un *container*, encuadernar juntos ítems que tienen valores independientes para consumidores completamente distintos de modo que puedan viajar de una mano a otra empaquetados a un precio razonable, entonces *Saga* no tendría que tener un texto editorial. Ni un comité editorial, para no ir más lejos. Bastaría tercerizar la «edición» a correctores de estilo profesionales (que vendrán pronto automatizados con formatos APA/Chicago y se podrán aplicar al texto con la misma rapidez y eficacia que un filtro de Photoshop), conseguir quién diseñe por tres pesos sobre una plantilla digital que se recicla número a número (la cosa es literalmente así: en la jerga editorial uno «riega el texto» en las «cajas» hasta que se llenan) y subirla a la plataforma Issuu para que los lectores potenciales de esos ítems la descarguen a pedazos por demanda. Hecho.

Si fuera un mero *container*... pero dudo que lo sea. Creo ver en esta queja un síntoma y una pelea activa contra algo que a nosotros, o a mí personalmente, me preocupaba mucho por la época en que fui estudiante; algo que, a decir verdad, fue la razón por la que me pareció que valía la pena armar *Saga*. Es decir: por entonces no quisimos hacer una revista; no *per se*. Ya había una, el panfleto de una pequeña rosca de los años noventa, hecho para autopublicarse, invitar a los amigos y excluir a los enemigos, y lo último que queríamos era seguirle el camino generando una rosca paralela. Veníamos discutiendo otros problemas que nos llevaron a creer que una revista con otra visión de la práctica filosófica era la forma de llevar nuestras discusiones a la acción. *Saga* fue la respuesta que quisimos darle a la falta de diálogo, a una situación en que los estudiantes caminaban como *zombies* unos frente a otros en la academia, armando pequeños grupitos de amigos, células incomunicadas entre sí, escasamente atentos a recibir de la mano de los profe(tas) el divino conocimiento, para ir más tarde a repetirlo, con algunos comentarios al margen, en algún otro contexto donde ellos pudieran jugar a profe(tas), y ser remunerados por ello.

Y hay un segundo síntoma que leo en estos textos recientes: los exdirectores manifiestan preocupación por varios problemas «estructurales» que aquejan la revista. Son sabidos, pero no son nuevos, los cortes presupuestales, y ante eso ciertamente solo les (nos) queda el rebusque en el sector público. Pero en estos tiempos el rebusque es la vida para todo el planeta (excepto el 1 % que hereda las viejas riquezas), y el derecho a la educación, como el subsidio de cultura, son lujos en vía de extinción ante el coletazo neoliberal global... Dicen también que los estudiantes del propio Departamento han perdido el interés de publicar; o declaran que, al contrario, el problema es que la gente la adquiere y la ojea, como magazín de peluquería, incluso la colecciona (buen adorno en las estanterías), *pero no la lee*. Dicen que han tenido que reinventar los debates internos para lograr que los estudiantes del Departamento se apropien nuevamente la revista. Léase: «Hay crisis de oferta y de demanda para el *container*». Entonces hablemos de la causa subyacente que, en términos aristotélicos, ¿quizá sea la eficiente?

Carecíamos entonces del vocabulario para nombrar lo que nos proponíamos con este proyecto, pero al menos en mi caso (y seguramente

en el de varios colegas a los que les he seguido el rumbo en estas dos décadas) la vida me ha llevado constantemente a interesarme por este problema mientras hago un trayecto por diferentes modos de hacer y pensar en el mundo<sup>2</sup>. Carecíamos del vocabulario —digo, aunque algunos profesores nos daban buenas pistas desde la teoría, algo que descubrimos quizá solo retrospectivamente, en los *déjà vu* que el mundo nos generaría con pasadas discusiones de seminario— para decir que nuestra pelea era con un tema estructural no de la universidad pública, no, sino de la *interacción* marcada por las dinámicas coloniales (y micropolíticas), y de la interacción académica en una provincia del sur global. Pero esto no quiere decir que me faltaran palabras para dirigirme a les estudiantes cuando lanzábamos un número, o en los corredores cuando les interpelaba para convencerles de que nos entregaran sus textos, porque en cada acción que hacíamos en *Saga* había en gran medida una pelea contra las jerarquías aprendidas, de género y de clase, para nombrar dos muy obvias y muy graves. La labor más «tesa» era en realidad convencerles de que el trabajo que ellos nos entregaban, aparentemente terminado, era solo el principio del *verdadero trabajo*: no la corrección de estilo, sino un auténtico diálogo de colegas, de pensadores, sobre los temas que a cada quién le interesaban. No me faltaban palabras, aunque no tuviera el vocabulario listo, porque tomarnos en serio unes a otros y escucharnos verdaderamente era algo que nadie nos iba a «enseñar»... poco se escuchaban entre ellos la mayoría de nuestros profesores a fines de los noventa<sup>3</sup>. De hecho, era sabido que algunos no podían compartir el mismo salón de clases sin que echaran chispas... y que convivían

---

2 Y esto no lo digo a modo de adorno, es algo que he hecho literalmente: itinerar, perderme y reencontrarme entre disciplinas y oficios de pensar lo político y lo ético con otros, buscando los modos en los que la propia agencia y el diálogo crítico se despliegan en el mundo de mano de proyectos concretos.

3 El género del plural es acá muy apropiado: Magdalena Holguín salió en oscuras o turbulentas condiciones (depende de quién cuente la historia) justo antes de que yo empezara mi pregrado y no volvimos a ver una mujer profesora en unos siete años, cuando, *dios-se-lo-pague*, apareció Ángela Uribe. Pocas veces fui confrontada intelectual y políticamente en el Departamento del modo en el que ella lo hizo siendo jurado de mi tesis de maestría. Lo que aprendí de sus preguntas en cierto modo todavía lo estoy procesando.

en los índices de *Ideas y Valores* a regañadientes, porque los textos nunca los discutían entre sí ni con el «comité»; al contrario, esa revista funcionaba como una pre prensa de la *off-set* convenientemente provista de una puerta muy estrecha para seleccionar sus artículos al ingreso y de otra muy grande a la salida, con la visibilidad ganada en la economía internacional del prestigio, como la mayoría de las revistas indexadas. No era ese el juego que nosotros —o yo personalmente, aunque sé que tampoco varios de mis colegas— estábamos jugando.

Me tomo el trabajo hoy, veinte años después, de escribir varias palabras más de las que me indicaron (nunca me he sentido completamente a gusto en las cajas donde tengo que meterme), ante todo, porque los problemas que me interesan a menudo rebasan los protocolos. Una editorial no es un protocolo. Es una oportunidad de poner a la luz una apuesta de fondo y las preguntas que acarrea; de compartir las anécdotas que le dan vida y cuerpo, y es la invitación a otros a sumar sus fuerzas. La teoría y la discusión de ideas a rajatabla fueron para mí en muchos sentidos entonces, y hoy todavía, en palabras de la extraordinaria bell hooks, una *práctica liberadora*: una práctica de encuentro con el otro y de toma de distancia de los propios prejuicios, una valiosa indagación sobre nuestros puntos ciegos y sobre otros modos posibles de estar juntos en el mundo y de construirlo críticamente.

El vocabulario importa, y a pulso se gana su comprensión de fondo dentro y fuera de los confines de la academia. Así es que, dos décadas después, agradezco la oportunidad que *Saga* me da de articular esto en su foro. Entonces no hubiera podido hacerlo y saber en verdad cuál es el peso de decirlo de este modo: *Saga* fue mi primera experiencia creando lo que en teoría poscolonial se llama una «zona de contacto», un espacio de interacción del que la gente rara vez sale igual a como entró. Pero para que eso pasara fue necesario que más de uno de nosotros viera que aprender a editar textos, entender de presupuestos, organizar eventos, saber cómo diagramar un libro, navegar los ritos y mitos de la entidad pública, etc. (la causa material; que hoy son en verdad dos, si contamos y celebramos, también, *Saga: en contexto* de UN Radio), eran poco más que pretextos, la zanahoria enfrente que nos permitía acercarnos a gente con la que nunca

habíamos hablado, a gente que no decía palabra en los seminarios, para abrir un verdadero diálogo de colegas que ninguna autoridad puede enseñarnos (ahí la causa final), y ofrecerles nuestro genuino interés en discutir su producción académica, brindarles nuestras horas de trabajo voluntario para afinar el texto hasta que lograra una versión publicable. No declarábamos estar interesados en «cualquier texto, siempre y cuando sea filosófico», como anuncian las actuales convocatorias; teníamos como regla de oro: «ningún texto será rechazado». La diferencia es sutil, pero importa. Lo que esto significaba era un compromiso incondicional a trabajar de la mano de nuestros autores hasta que la idea que había dado origen a la acumulación de palabras en un archivo brillara nítidamente (a punta de organizar sus argumentos de modo convincente, anticipar sus objeciones con valentía, revelar sus supuestos, cercenar sus tramos inútiles), o bien se diluyera por sí sola en un diálogo que aclarara la confusión de la que había surgido y el autor o la autora pudieran salvarse a sí mismos de salir a la luz pública con semejante sancocho. En el proceso hicimos algunos amigos (y un par de enemigos, para qué negarlo, la franqueza no siempre se paga bien en este mundo), pero, sobre todo, creo poder decir que logramos un nivel de confianza en nuestra capacidad de aprender de los errores propios, de las preguntas más tontas por obvias que parecieran, del valor incalculable de trabajar juntas y críticamente, y del potencial de tanta gente que pasa por el Departamento, anónimamente o apenas visible, que nos dieron más lecciones y más satisfacción que cualquier palmadita en la espalda de un profesor. Para el momento en que esas llegaron, y fueron muchas, nuestra labor la habían pagado ya con creces las buenas conversaciones de pares en los comités, la sonrisa de tantos autores al abrir el número donde eran publicadas por primera vez en la vida, oler el papel recién salido de la imprenta y leer su propio nombre.

Entregar este texto a los actuales directores de *Saga* hoy me hace sentir tan vetusta como joven, aunque 20 no sea más que un número (coincidentalmente, es el número más grande que mi hijo de tres años declara saber; para mí es la mitad de una vida; para muchos de quienes leerán este texto es la vida entera; para los profesores es apenas un corto capítulo de la historia del Departamento). *Saga* fue para mí

esos pocos años el descubrimiento de un modo de responsabilidad y trabajo colectivo del que nunca he querido desligarme y que he encontrado necesario, complejo, ingrato a ratos, pero siempre en últimas gratificante, en varias otras esferas culturales y laborales. Foucault pone acá otra vez el vocabulario: estas cosas se llaman «heterotopías».

Para toda la gente que le ha apostado durante dos décadas a esta zona de contacto, actualizando, refundando con cada edición el rito de lo colectivo, esta máquina de imprimir palabras, este foro para lanzar ideas, esta propedéutica de la gestión de proyectos, este heterotópico modo de estar, actuar y pensar juntas, no tengo sino gratitud y afecto. Ni yo ni nadie del grupo inicial de *Saga* literalmente somos nada en esta leyenda sin todes ustedes.

Y ahí sí se me corta la voz y me falla el vocabulario.

Como corresponde, diría Mr. W.

MARÍA VILLA  
*Helsinki, 2019*